

liza gestiones para que la entrega del tesoro se lleve a cabo. Acaso se piensa que se trata de un depósito provisional, que quedará sin efecto cuando el Ejército triunfe, lo que no puede tardar mucho. A tal fin se visita al sacristán mayor, don Mauricio Padilla, que en previsión de posibles desmanes tenía las piezas más valiosas de este tesoro ocultas en los rincones más recónditos de la Catedral. El mismo señor Padilla refiere los trámites de la entrega en un relato que hizo don José Balcázar:

‘El 14 de agosto por la mañana —dice— me visitaron don Saturnino y don Ramiro Sánchez Izquierdo para comunicarme en nombre del señor Obispo que atendiese la orden de entrega que llevarían unos policías. Poco después se presentaron éstos con «un mandamás», llamado Viriato Molina, a la cabeza, y conviniémos en que a las cuatro de la tarde se verificaría aquélla. El arcón donde estaban las joyas de la Virgen tenía tres llaves, que se hallaban en poder de los canónigos señores Torquemada, Lorente y Jiménez Manzanares. Las recogí al momento. A las cuatro de la tarde vinieron por mí. Fuimos a la iglesia. Entre la Puerta del Sol y la verja exterior había ya un camión para la carga.

—¡Primero las joyas, oye! ¡Primero las joyas!— advirtieron todos.

Y subimos por una escalera de caracol que hay entre la sacristía vieja y la puerta de entrada y llegamos al camarín o descansillo de la torre vieja, donde estaba el tesoro de la Virgen. Abrimos el arcón que guardaba el portapaz, dos coronas y, esparcidos por el suelo, estuches con valiosas alhajas.

Como fieras se tiraron a ellas; pero cuando llegaron al paroxismo fue cuando abrí una caja grande de carne de membrillo que estaba llena de perlas, esmeraldas y diamantes rosas. Entonces metieron todos las manos, y a puñados se las guardaban en los bolsillos y estaban tan excitados que al descender por la escalera, una vez que quedó limpia la habitación, se les caían las piedras preciosas y aun las pisaban; tanto, que no me pude contener y les dije:

—¡Ya que se las llevan, cuiden de ellas, que valen un tesoro!

Y por toda contestación me replicaron: —¡Y a usted qué le importa?

Este fue sólo el prólogo del gran latrocinio. Deslumbrados los milicianos por aquella riqueza, se retiraron sin llevarse más. Pero el día 23

volvieron «por las obras», y el señor Padilla les entregó, entre otras cosas, cinco copones de plata; dieciocho cálices; un copón de oro de kilo y medio de peso; una cruz parroquial y dos ciriales de estilo bizantino de plata sobredorada, regalo de las Ordenes Militares; una piel de gamuza con un imperdible y sortija y alfileres de oro; tres ánforas de plata que pesaban una arroba; otras tres más pequeñas del mismo metal; una custodia con piedras preciosas y otra materialmente cuajada de iguales piedras procedentes de Uclés. No menos im-

al Gobierno civil, a donde fue llamado para que lo tasara el joyero don Manuel Francés, que por encargo de los prelados, había intervenido en anteriores inventarios. A él se deben las únicas referencias que existen sobre la composición de dicho tesoro, pues los tres inventarios que existían con anterioridad se los llevaron los milicianos y no se encontró de ellos la menor huella. Por tanto, se carece de una relación completa de las joyas robadas. Lo que recuerda el señor Francés es lo siguiente:

‘Un portapaz del más puro estilo Renaci-



En el Gobierno Civil se planea el expolio de las iglesias y en especial el de la catedral donde se guarda el tesoro de la Virgen del Prado.

St.ª M.ª del Prado, Patrona de Ciudad Real

portante fue la rapiña de paños preciosos. Los sacrilegos ladrones se llevaron capas corales, tres pontificales completos y un centenar de albas.

De primera intención se condujo el tesoro, salvo la parte que se reservaron los milicianos,

miento español, que tenía en el centro un relieve de serpentina representando la Pasión de Cristo y a los lados y en el coronamiento figuras e historias esmaltadas de bellissimo gusto. Estaba marcado con los punzones de Alonso Becerril, y era una magnífica joya de oro

El obispo Dr. Esté-naga asistía a estos momentos dramáticos con absoluta entereza y serenidad, aunque dolorido por el odio que parecía encontrar en el corazón de aquellos fanáticos.